

sa en hacerlas. Los revolucionarios teóricos lo conocen poco y desconfían, presentando su fondo tradicional y conservador. Núcleo resistente de un país, hace su continuidad y su fuerza. Muy dócil por miedo, arrastrado fácilmente por los agitadores, se dejará conducir momentáneamente, bajo su influencia, á todos los excesos; pero el peso ancestral de la raza recobrará pronto el alza, razón por la que pronto se cansa de las revoluciones. Su alma tradicional incítale rápidamente á alzarse contra la anarquía, cuando ésta ha crecido demasiado. Busca entonces un jefe que restaure el orden.

Ese pueblo, resignado y tranquilo, no tiene evidentemente concepciones políticas muy altas ni complicadas. Su ideal de gobierno, siempre sencillo, se acerca mucho á la dictadura. Esta es la razón por que esta forma de gobierno sigue invariablemente á la anarquía. Siguió después de la primera Revolución, cuando fué aclamado Bonaparte; siguió todavía después de la segunda, cuando á pesar de todas las oposiciones, cuatro plebiscitos sucesivos elevaron á Luis Napoleón á la república, ratificaron su golpe de Estado, restablecieron el imperio y en 1870, antes de la guerra, aprobaron su régimen.

Sin duda en aquellas últimas circunstancias se engañó el pueblo. Pero sin las revoluciones que habían engendrado el desorden, no hubiera buscado los medios de salir.

Los hechos recordados en este capítulo no deben ser olvidados, si se quiere comprender con claridad la significación diversa de los pueblos durante las revoluciones. Su acción es considerable, pero muy diferente á la imaginada por las leyendas, cuya repetición constituye solamente su fuerza.

LIBRO SEGUNDO

FORMAS DE MENTALIDAD PREDOMINANTES EN LAS REVOLUCIONES

CAPÍTULO PRIMERO

Variaciones individuales del carácter durante las revoluciones.

§ 1.—LAS TRANSFORMACIONES DE LA PERSONALIDAD.

En otro lugar he insistido tenazmente sobre una teoría de los caracteres, sin la cual es realmente imposible comprender las transformaciones de la conducta en ciertos momentos, sobre todo en las épocas revolucionarias. He aquí los puntos principales.

Cada individuo posee, aparte de su mentalidad habitual, casi constante cuando el medio no cambia, posibilidades variadas de carácter, que surgen por gracia de los acontecimientos.

Los seres que nos rodean son seres de ciertas circunstancias, pero no de todas. Nuestro yo está constituido por la asociación de innumerables yo celulares, residuo de personalidades ancestrales. Por su combinación establecen equilibrios bastante cons-

tantes cuando el medio social no varía. Cuando este medio se modifica considerablemente, como en los períodos de agitación, estos equilibrios desaparecen y los elementos disociados constituyen, agregándose, una personalidad, suceso que se manifiesta por ideas, sentimientos y una nueva conducta, muy diferentes á los observados anteriormente por el mismo individuo. Así se vió durante el Terror á los honrados burgueses y pacíficos magistrados, reputados por su dulzura, convertirse en fanáticos sanguinarios.

Bajo la influencia del medio, una antigua personalidad puede ceder el puesto á otra por completo nueva. Los actores de las grandes crisis religiosas y políticas parecen á veces por esta razón de una esencia diferente á la nuestra. Sin embargo, en nada difieren de nosotros. La repetición de iguales acontecimientos haría renacer á los mismos hombres.

Napoleón comprendía perfectamente estas posibilidades de carácter al decir en Santa Elena:

«Porque conozco toda la parte que la casualidad tiene en nuestras determinaciones políticas, descarté siempre los prejuicios y me mostré muy indulgente sobre el partido que había de seguirse en nuestras convulsiones... En revolución no se puede afirmar lo que se hace; no sería prudente afirmar que se podría haber hecho otra cosa... Es difícil sujetar á los hombres cuando se pretende ser justo. ¿Acaso se conocen, acaso se explican bien ellos mismos? Depende de los vicios y de las virtudes circunstanciales.»

Quando una personalidad moral ha sido disgregada bajo la influencia de ciertos acontecimientos, ¿cómo se forma una nueva personalidad? Por varios medios, entre los cuales el más activo será la adquisición de una creencia fuerte. Esta orienta todos

los elementos del entendimiento, como el imán forma en curvas regulares las limaduras de un metal magnético.

Así se forman las personalidades observadas en los períodos de las grandes crisis: las Cruzadas, la Reforma, y, sobre todo, la Revolución.

En tiempos normales, variando poco el medio, no se observa más que una sola personalidad en los individuos que nos rodean. Sin embargo, ocurre muchas veces que tienen varias, pudiendo sustituirse una á otra en ciertas circunstancias.

Estas personalidades pueden ser contradictorias y aun enemigas. Este fenómeno, excepcional en estado normal, se acentúa considerablemente en ciertos estados patológicos. La psicología morbosa ha observado varios casos de estas personalidades en un solo individuo, como en los casos citados por Morton Prince y Pierre Janet.

En todas estas variaciones de personalidades no es la inteligencia la que sufre modificación, sino los sentimientos, cuya asociación forma el carácter.

§ 2.—ELEMENTOS DEL CARÁCTER PREDOMINANTE EN LAS ÉPOCAS DE REVOLUCIONES.

Durante las revoluciones se observa el desarrollo de diversos sentimientos, habitualmente reprimidos, pero á los que la destrucción de los frenos sociales da libre curso.

Estos frenos, constituídos por los Códigos, la moral, la tradición, no son siempre por completo destruidos. Sobreviven algunos á las revueltas y sir-

ven para poner á raya la explosión de los sentimientos peligrosos.

El más potente de estos frenos es el alma de la raza. Al determinar una manera de ser, de sentir y de querer común á la mayoría de los individuos de un mismo pueblo, constituye una costumbre hereditaria, y nada hay más fuerte que el lazo de la costumbre.

Esta influencia de la raza limita las variaciones de un pueblo y encauza su destino, á pesar de todos los cambios superficiales.

A no considerar más que los relatos históricos, por ejemplo, parecería que la mentalidad francesa ha variado prodigiosamente durante un siglo. En pocos años pasa de la Revolución al Cesarismo, vuelve á la monarquía, hace todavía una revolución y llama después á un nuevo César. En realidad, sólo las apariencias de las cosas habían cambiado.

No pudiendo insistir con más extensión sobre los límites de la variabilidad de un pueblo, vamos á estudiar ahora la influencia de ciertos elementos afectivos, cuyo desarrollo durante las revoluciones contribuye á modificar las personalidades individualidades ó colectivas. Mencionaré, sobre todo, el odio, el miedo, la ambición, la envidia, la vanidad y el entusiasmo. Se observa su influencia en las diversas agitaciones históricas, muy principalmente en el curso de nuestra magna Revolución. Ésta nos proporcionará nuestros ejemplos.

El odio.—El odio de que fueron animados contra las personas, las instituciones y las cosas, los hombres de la Revolución francesa, es una de las manifestaciones afectivas que más sorprenden al estudiar su psicología. No detestaban sólo á sus ene-

migos, sino á los miembros de su propio partido. «Si se aceptaran sin reservas, decía recientemente un escritor, los juicios que formaron unos de otros, entre ellos no había sino traidores, incapaces, crueles, vendidos, asesinos ó tiranos». Sabido es el odio, apenas dulcificado por la muerte de sus adversarios, con que se persiguieron girondinos, dantonistas, hebertistas, robespierristas, etc.

Una de las principales causas de este sentimiento radica en que aquellos furiosos sectarios, siendo apóstoles en posesión de la verdad pura, no podían, como todos los creyentes, tolerar la presencia de los infieles. Una certidumbre mística ó sentimental, acompañada siempre de la necesidad de imponerse, jamás convencida, no retrocede ante las hecatombes cuando tiene poder.

Si los odios que separaron los hombres de la Revolución hubieran sido de origen racional, poco hubieran durado; pero encerrando factores místicos y afectivos no podían perdonar. Siendo iguales sus fuentes en los mismos partidos, manifestáronse en todos con idéntica violencia. Ha sido comprobado, por documentos fidedignos, que los girondinos no fueron menos sanguinarios que los montañeses. Los primeros declararon, con Pétion, que los partidos vencidos debían perecer. También intentaron según M. Aulard, justificar los asesinatos de Septiembre. El Terror no debe ser considerado como un simple medio de defensa, sino como el procedimiento general de destrucción, de que siempre hicieron uso los creyentes triunfadores para los enemigos detestados. Los hombres que mejor soportan la divergencia de ideas no pueden tolerar las diferencias de creencias.

En las luchas políticas ó religiosas el vencido no

puede esperar piedad. Desde Sila, que mandó cortar el cuello á doscientos senadores y á cinco ó seis mil romanos, hasta los vencedores de la Commune, que fusilaron ó ametrallaron á más de veinte mil vencidos después de su victoria, esta sangrienta ley jamás ha fallado. Comprobada en el pasado, lo será sin duda igualmente en el porvenir.

Los odios de la Revolución no tuvieron, además, por único origen divergencias de creencias. Otros sentimientos, envidia, ambición y amor propio, los engendraron igualmente. Contribuyeron á exagerar el odio entre los hombres de diversos partidos. Las rivalidades de individuos que aspiraban á la dominación condujeron sucesivamente al patíbulo á los jefes de diversos grupos.

Es preciso observar con cuidado también que las necesidades de división y los odios resultantes parecen ser elementos constitutivos del alma latina. Costaron la independencia á nuestros antecesores galos, y habían llamado ya la atención de César:

«No había ciudad, decía, que no se hallase dividida en dos facciones; ningún cantón, pueblo ni casa, donde no soprase el espíritu de partido. Raro era que transcurriese un año sin que la ciudad estuviese en armas para atacar ó rechazar á sus vecinos.»

No habiendo penetrado el hombre en el ciclo del conocimiento sino desde hace corto tiempo, y hallándose siempre guiado por sentimientos y creencias, puede concebirse el inmenso papel que ha desempeñado el odio en su historia.

El comandante Colin, profesor en la Escuela de Guerra, hace notar en los siguientes términos la importancia de ese sentimiento durante ciertas guerras:

«En la guerra, mejor que en parte alguna, no hay mejor inspirador que el odio; él hizo triunfar á Blücher de Napoleón. Analizad las más brillantes maniobras, las operaciones más decisivas, y si no son obra de un hombre excepcional, de Federico, de Napoleón, las hallaréis inspiradas por la pasión más que por el cálculo. ¿Qué hubiera sido de la guerra de 1870 sin el odio que nos profesaban los alemanes?»

El autor hubiera podido añadir que el odio intenso de los japoneses contra los rusos, que tanto les habían humillado, puede incluirse entre las causas de sus triunfos. Los soldados rusos, ignorando hasta la existencia de los japoneses, ninguna animosidad tenían contra ellos, y ésta fué una de las razones de su debilidad.

Sin duda, se habló mucho de fraternidad en los momentos de la Revolución; hoy, todavía se habla más. Pacifismo, humanitarismo y solidaridad, han llegado á ser las palabras de orden de los partidos avanzados, pero sabido es cuán profundos son los odios que detrás de las palabras se esconden y de qué amenazas es objeto la sociedad actual.

El miedo.—En las revoluciones, el miedo desempeña un papel casi tan considerable como el odio. Durante la nuestra, se han podido observar grandes arrojios individuales y cantidad de temores colectivos.

Frente al patíbulo, los convencionales mostráronse siempre valientes; pero ante las amenazas de los amotinados que invadían la asamblea, dieron constantemente pruebas de una pusilanimidad excesiva, obedeciendo á las más absurdas inducciones, como veremos al resumir la historia de las asambleas revolucionarias.

Todas las formas del miedo se observaron en aquella época. Una de las más extendidas fué el temor

de parecer moderado. Miembros de asambleas acusadores públicos, representantes en misión, jueces de tribunales revolucionarios, etc., todos ellos pretendían pujar sobre sus rivales para aparecer más avanzados. El miedo fué uno de los elementos principales de los crímenes cometidos en aquella época.

Si milagrosamente hubiera podido ser eliminado de las asambleas revolucionarias, su conducta hubiera sido otra, y, por consiguiente, la Revolución hubiera estado orientada de muy diferente manera.

La ambición, la envidia, la vanidad, etc.—En tiempos normales, la influencia de estos diversos elementos afectivos está fuertemente contenida por las necesidades sociales. La ambición, por ejemplo, está fuertemente limitada en una sociedad jerárquica. Si el soldado llega á ser algún día general, no será sino después de haber esperado largo tiempo. Por el contrario, en tiempos de revolución, la espera no es precisa. Pudiendo llegar cada uno casi instantáneamente á los primeros rangos, todas las ambiciones están violentamente sobreexcitadas.

El más humilde se cree apto para los más elevados cargos, y por este mismo hecho, su vanidad se exagera desmesuradamente.

Manteniéndose un poco todas las pasiones, al al mismo tiempo que la ambición y la vanidad, se ve desarrollarse igualmente la envidia contra aquéllos que triunfaron más pronto que otros.

Este papel de la envidia, siempre importante durante los periodos revolucionarios, lo fué sobre todo durante nuestra gran Revolución. La envidia contra la nobleza, constituyó uno de sus importantes factores. La burguesía se había elevado en capacidades y en riquezas hasta el extremo de aventajar á la nobleza. Aunque mezcládose de día en día, se

sentía mantenida á distancia y experimentaba un vivo resentimiento. Este estado espiritual hizo á los burgueses, inconscientemente, muy partidarios de las doctrinas filosóficas que predicaban la igualdad. El amor propio y la envidia fueron entonces las causas de odios que hoy no comprendemos, cuando la influencia social de la nobleza es tan nula. Varios convencionales, Carrier, Marat, etc., recordaban irritados haber ocupado cargos subalternos en casa de grandes señores.

Mad. Roland jamás pudo olvidar que, invitada con su madre á casa de una gran señora, bajo el antiguo régimen, les fué servida la comida en la cocina.

El filósofo Rivarol ha señalado muy bien en el siguiente párrafo, ya citado por Taine, la influencia del amor propio herido y de la envidia sobre los odios revolucionarios:

«No son, escribe, los impuestos ni las órdenes regias de prisión ó destierro, ni todos los demás abusos de la autoridad, no son las vejaciones de los intendentes y la lentitud ruinosa de la justicia lo que más ha irritado á la nación: es el prejuicio de la nobleza, por el cual ha manifestado el mayor odio. Lo que lo prueba evidentemente es que son los burgueses, la gente de letras, los financieros, en fin, quienes envidian á la nobleza, quienes han levantado contra ella la gente de las ciudades y la de las campiñas.»

Estas consideraciones, muy exactas, justifican en parte la frase de Napoleón: «La vanidad ha hecho la Revolución, la libertad no ha sido sino el pretexto.»

El entusiasmo.—El entusiasmo de los fundadores de la Revolución igualó al de los apóstoles de la fe de Mahoma. Además, era ciertamente una religión lo que los burgueses de la primera asamblea creían

fundar. Imaginaban haber destruido un mundo viejo y edificado sobre sus ruinas una civilización diferente. Jamás ilusión más seductora inflamó el corazón de los hombres. La igualdad y la fraternidad, proclamadas por los nuevos dogmas, debían hacer reinar en todos los pueblos una dicha eterna. Para siempre habíanse roto como un pasado de barbarie y tinieblas. Regenerado el mundo, sería en el porvenir iluminado por las radiantes claridades de la razón pura. Por todas partes las fórmulas oratorias más brillantes saludaron la aurora entrevista.

Si aquel entusiasmo pronto se substituyó por las violencias, fué porque el despertar había sido rápido y terrible. Fácilmente se concibe el furor conque los apóstoles de la Revolución se alzaron contra los obstáculos diarios opuestos á la realización de sus sueños. Habían pretendido rechazar el pasado, olvidar las tradiciones, rehacer hombres nuevos. Pero el pasado reaparecía sin cesar, y los hombres se negaban á transformarse. Los reformadores, detenidos en su camino, no quisieron ceder. Intentaron imponerse por la fuerza de una dictadura que pronto hizo pensar con tristeza en el régimen derribado, y finalmente lo repuso.

Debe observarse que si el entusiasmo de los primeros días no duró en las asambleas revolucionarias, se perpetuó mucho más tiempo en los Ejércitos constituyendo su principal fuerza. A decir verdad, los Ejércitos de la Revolución fueron republicanos mucho antes que llegara á serlo Francia, y permanecieron republicanos mucho después de que Francia dejara de serlo.

Las variaciones de carácter examinadas en este capítulo, hallándose condicionadas por ciertas as-

piraciones comunes y cambios de medios idénticos, acaban por concretarse en un pequeño número de mentalidades bastante homogéneas. No considerando sino las más características, las reduciremos á cuatro tipos: mentalidad jacobina, mentalidad mística, mentalidad revolucionaria y mentalidad criminal.

CAPÍTULO II

La mentalidad mística y la mentalidad jacobina.

§ 1.—CLASIFICACIÓN DE LAS MENTALIDADES PREDOMINANTES EN ÉPOCAS DE REVOLUCIÓN.

Las clasificaciones, sin las que es imposible el estudio de las ciencias, forzosamente establecen lo discontinuo en lo continuo, y son siempre, por esta razón, un poco artificiales. Sin embargo, son necesarias, ya que lo continuo no es asequible sino bajo la forma de discontinuo.

Crear distinciones precisas entre las diversas mentalidades observadas en épocas de revolución, como vamos á hacerlo, es separar, visiblemente, elementos que coinciden unos con otros, se fusionan ó se superponen. Es preciso resignarse á perder un poco en exactitud para ganar en claridad. Los tipos fundamentales enumerados al fin del capítulo precedente, y que ahora trataremos de describir, sintetizan grupos que se escapan al análisis si se desea estudiarlos en toda su complejidad.

Hemos visto que el hombre se halla conducido por lógicas diferentes que se yuxtaponen sin influenciar en tiempo normal. Bajo la acción de sucesos diversos, se ponen en conflicto y las irreduc-

tibles diferencias que las separan se manifiestan claramente originando considerables trastornos individuales y sociales.

La lógica mística, que pronto observaremos en el alma jacobina, desempeña un importante papel. Pero no es sola en obrar. Las otras formas de lógica: lógica afectiva, lógica colectiva y lógica racional pueden predominar, según las circunstancias.

§ 2.—LA MENTALIDAD MÍSTICA.

Dejando á un lado, por el momento, la influencia de las lógicas afectiva, racional y colectiva, nos ocuparemos solamente del papel considerable de los elementos místicos que dominaron tantas revoluciones; la nuestra sobre todo.

La característica del espíritu místico consiste en la atribución de un poder misterioso á seres ó fuerzas superiores, concretado bajo forma de ídolos, fetiches, frases y fórmulas.

El espíritu místico está en la base de todas las creencias religiosas y de la mayor parte de las creencias políticas.

Estas últimas se desvanecerían á menudo si fuese posible despojarlas de los elementos místicos que constituyen los verdaderos sostenes.

Injerta en sentimientos é impulsos pasionales que orienta, la lógica mística da su fuerza á los grandes movimientos populares. Hombres poco propicios á dejarse matar por razones, sacrifican fácilmente su vida en holocausto de un ideal místico que ha llegado á ser objeto de adoración.

Los principios de la Revolución en seguida inspiraron una corriente de entusiasmo místico, aná-

logo al provocado por las diversas creencias religiosas que le habían precedido. No hicieron sino cambiar la orientación de una mentalidad ancestral, solidificada por los siglos.

Nada, pues, hay de extraño en el terror indómito de los hombres de la Convención. Su mentalidad mística fué la misma que la de los protestantes en los momentos de la Reforma. Los principales héroes del Terror, Couthon, Saint-Just, Robespierre, etcétera, eran apóstoles. Semejantes á Polyeucte, destruían los altares de los falsos dioses para propagar su fe; soñaban con catequizar el universo. Su entusiasmo se extendió por el mundo. Persuadidos de que sus fórmulas mágicas bastarían para derribar los tronos, no dudaban en declarar la guerra á los reyes. Y como una fe fuerte y arraigada es siempre superior á una fe vacilante y dudosa, combatieron contra Europa victoriosamente.

El espíritu místico de los jefes de la Revolución se traicionaba en los más pequeños detalles de su vida privada. Robespierre, convencido de poseer el apoyo del Altísimo, aseguraba en un discurso que el Ser supremo había «decretado la República desde el comienzo de los tiempos». En su calidad de gran pontífice de una religión de Estado hizo votar un decreto á la Convención, declarando que «el pueblo francés reconocía la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma».

En honor de ese Ser supremo, sentado en una especie de trono, pronunció un largo sermón.

El club de los jacobinos, dirigido por Robespierre, había acabado por tomar todo el aspecto de un concilio maximiliano, y proclamaba: «la idea de un gran ser que vela sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante».

Todos los heréticos que criticaban la ortodoxia jacobina eran excomulgados, es decir, enviados al tribunal revolucionario, del que no se salía más que para subir las gradas del patíbulo.

La mentalidad mística, de la que Robespierre fué el más célebre representante, no murió con él. Hombres de idéntica mentalidad existen aún entre los políticos de nuestros días. Las antiguas creencias religiosas no reinan ya en su alma; pero ésta se ajusta á credos políticos rápidamente impuestos, como Robespierre imponía el suyo, si para ello tuvieran posibilidad. Siempre dispuestos á hacer perder para propagar su creencia, los místicos de todas las edades emplean el mismo sistema de persuasión cuando llegan á ser los dueños.

Es, pues, natural que Robespierre cuente todavía con muchos admiradores. Almas moldeadas sobre la suya se encuentran á millares. Al guillotinarlo, no se guillotinaron sus concepciones de las cosas; viejas como la humanidad, no desaparecerán más que con el último creyente.

Ese aspecto místico de la Revolución pasa desapercibido para la mayoría de los historiadores. Todavía persistirán largo tiempo en querer explicar por la lógica racional una cantidad de fenómenos que les son extraños. En otro capítulo ya cité aquel párrafo de la historia de los Sres. Lavisse y Rambaud, donde se explica la Reforma diciendo que fué «resultado de libres reflexiones individuales que sugirieron en las gentes sencillas una conciencia muy piadosa y una razón muy osada».

Tales movimientos nunca son comprendidos cuando se les supone un origen racional. Políticas ó religiosas, las creencias que han conmovido el mundo poseen un origen común y siguen las mis-

mas leyes. No es por la razón, sino frecuentemente contra toda razón, como se han formado. El Budismo, el Cristianismo, Islamismo, Reforma, Hechicería, Jacobinismo, Socialismo, Espiritismo, etc., parecen creencias bien distintas.

Sin embargo, vuelvo á repetirlo, tienen idénticas bases afectivas y místicas y obedecen á lógicas sin relación con la lógica racional. Su potencia reside precisamente en que la razón tiene tan poca acción para crearlas como para transformarlas.

La mentalidad mística de nuestros apóstoles políticos actuales aparece con toda claridad en un artículo consagrado á uno de nuestros últimos ministros, publicado en un gran diario:

«Se pregunta en qué categoría está afiliado el Sr. A. ¿Se imagina tal vez pertenecer al grupo de los que no creen? ¡Qué irrisión! Bien sabido es que el Sr. A. no adopta ninguna fe positiva, que maldice Roma y Ginebra, rechaza todos los dogmas tradicionales y todas las iglesias conocidas. Pero si así juzga, á tabla rasa, lo hace para fundar sobre el terreno limpio y despejado su propia iglesia, más dogmática que otra alguna, y su propia inquisición, cuya brutal intolerancia nada tendría que envidiar de la de los más notorios Torquemada. No admitiremos, declara, la neutralidad escolar. Pedimos la instrucción laica en toda su plenitud y somos, por consiguiente, adversarios de la libertad de enseñanza». Si no habla de preparar la hoguera es por causa de la evolución de las costumbres, que se ve obligado á tomar en cuenta, bien á su pesar, en cierta medida. Pero no pudiendo enviar á las gentes al suplicio, invoca el brazo secular para condenar á muerte las doctrinas. Este es siempre exactamente el punto de vista de los grandes inquisidores. Siempre es el mismo atentado contra el pensamiento. Ese libre pensador tiene el espíritu tan libre, que toda filosofía que no acepta le parece, no sólo ridícula y grotesca, sino pernicioso. El sólo se lisonjea de estar en posesión de la verdad absoluta. Tiene una certidumbre tan completa, que todo impugnador le hace el efecto de un monstruo execrable ó de un enemigo público. No sospecha ni por un momento que sus

puntos de vista personales no son, después de todo, más que hipótesis para las que es tanto más irrisible reclamar un privilegio de derecho divino cuando suprimen la divinidad precisamente. O al menos pretenden suprimirla; pero la restablecen bajo otra forma, que induce en seguida á añorar las antiguas. El Sr. A. es un sectario de la diosa Razón, de la que hace un Moloch opresor y alterado de sacrificios. No más libertad de pensamiento, sea para quien sea, exceptuados él y sus amigos: tal es el libre pensamiento del Sr. A. ¡La perspectiva es realmente atractiva! Pero, desde hace algunos años, se han abatido muchos ídolos para postrarse ante éste.»

Es de desear para la libertad que esas sombras fanáticas no se adueñen definitivamente de nosotros.

Dado el poco imperio de la razón sobre las creencias místicas, es inútil querer discutir, como se hacen á menudo, el valor racional de las ideas políticas ó revolucionarias cualesquiera.

Sólo nos interesa su influencia. Poco importa que las teorías sobre la igualdad supuesta de los hombres, sobre la bondad primitiva, sobre la posibilidad de rehacer las sociedades por medio de las leyes, hayan sido desmentidas por la observación y la experiencia. Esas vanas ilusiones deben clasificarse entre los móviles de acción más poderosos que la humanidad haya conocido.

§ 3.—LA MENTALIDAD JACOBINA.

Aunque el término de mentalidad jacobina no forme parte de ninguna clasificación, lo empleo, sin embargo, ya que resume una combinación claramente definida que constituye una verdadera especie psicológica.

Esta mentalidad domina á los hombres de la Revolución francesa, pero no le es particular, puesto

que representa todavía el elemento más activo de nuestra política.

La mentalidad mística estudiada más arriba es un factor esencial del alma jacobina; pero no basta á constituirla. Otros elementos, que pronto examinaremos, deben intervenir.

Los jacobinos no dudan, por ningún concepto, de su misticismo. Por el contrario, pretenden hallarse guiados únicamente por la razón pura. Durante la Revolución, sin cesar, la invocaban y la consideraban como el único guía de su conducta.

La mayoría de los historiadores han adoptado esta concepción racionalista del alma jacobina, y Taine ha compartido el mismo error. En el abuso del racionalismo es donde busca el origen de una gran parte de los actos de los jacobinos. Las páginas que les consagra contienen además muchas verdades y, como en añadidura son muy notables, reproduzco aquí los fragmentos más interesantes.

«Ni el amor propio exagerado, ni el razonamiento dogmático, son raros en la especie humana. En todos los países subsisten esas raíces indestructibles y subterráneas del espíritu jacobino. A los veinte años, cuando un joven hace su entrada en el mundo, su razón, al propio tiempo que su orgullo, están marchitos. En primer lugar, cualquiera que sea la sociedad donde está comprendido, es un escándalo para la razón pura, ya que no es un legislador filósofo quien la ha construido, de acuerdo con un principio simple: son generaciones sucesivas las que la han dispuesto, según sus necesidades múltiples y cambiantes. No es obra de la lógica, sino de la historia, y el razonador incipiente se sacude de hombros ante esta obra vieja, cuyo asiento es arbitrario, cuya arquitectura es incoherente y aparentes sus reparaciones... La mayoría de los jóvenes, sobre todo los que tienen el camino por recorrer, son más ó menos jacobinos á la salida del colegio... Los jacobinos nacen en la descomposición social como los hongos en terreno que fermenta... Considerad los monumentos auténticos de su pensamiento... los discursos de Robespierre, de

Saint-Just, los debates de la Legislativa y de la Convención, las arengas, alocuciones y relaciones de los girondinos y montañeses... Jamás se habló tanto para decir tan poco; la verborrea huera y el énfasis ahogan toda verdad bajo su monotonía y su ampulosidad. Para los fantasmas de su cerebro razonador, el jacobino está lleno de respeto; á sus ojos son más reales que los hombres vivientes y su sufragio es el único que tienen en cuenta... andará con sinceridad en el cortejo que le hace un pueblo imaginario... Los millones de voluntades metafísicas que ha fabricado á imagen de la suya, le sostendrán de su asentimiento unánime y proyectará al exterior, como un coro de triunfal aclamación, el eco interior de su propia voz.»

Á la par que admiro la descripción de Taine, creo que no se ha penetrado con exactitud de la verdadera psicología del jacobino.

El alma del verdadero jacobino, tanto en la época de la Revolución como en nuestros días, se compone de elementos que es preciso disociar para penetrar en sus funciones.

Este análisis muestra primeramente que el jacobino no es un racionalista, sino un creyente. Lejos de edificar su creencia sobre la razón, moldea la razón sobre su creencia, y si sus discursos están impregnados de racionalismo, lo utiliza muy poco en sus pensamientos y en su conducta.

Un jacobino razonador sería algunas veces accesible á la voz de la razón.

Una observación, hecha desde la Revolución á nuestros días, demuestra que el jacobino jamás ha sido influenciado por un razonamiento por muy justo que fuese.

¿Y por qué no lo es? Únicamente porque su visión de las cosas, siempre muy corta, no le permite resistir á los poderosos impulsos pasionales que le arrastran.

Esos dos elementos, razón débil y pasiones fuer-

tes, no bastarían á constituir la mentalidad jacobina; existe otro todavía.

La pasión sostiene las convicciones, pero no las crea. Sin embargo, el verdadero jacobino tiene convicciones enérgicas. ¿Cuál será su apoyo? Aquí es donde aparece el papel de esos elementos místicos cuya acción hemos estudiado. El jacobino es un místico que ha sustituido sus antiguas divinidades por nuevos dioses. Imbuído de la fuerza de las palabras y de las frases, les atribuye un poder misterioso. Para servir á esas divinidades exigentes no retrocedería ante las medidas más violentas. Las leyes votadas por nuestros jacobinos actuales nos dan la prueba.

La mentalidad jacobina se descubre principalmente en los caracteres apasionados y moderados. Implica, en efecto, un pensamiento estrecho y rígido, inaccesible á toda crítica, á toda consideración extraña á la fe.

Los elementos místicos y afectivos que dominan el alma del jacobino le condenan á un extremo simplismo, no apoderándose más que de las relaciones superficiales; nada le impide tomar por realidades las imágenes quiméricas nacidas en su espíritu. Pasa por alto los encadenamientos de los fenómenos y sus consecuencias. Jamás aparta los ojos de su sueño.

No es, como se ve, por el desarrollo de su lógica racional, por lo que peca el jacobino. Posee muy escasa, y por este motivo algunas veces es demasiado peligroso. Allí donde un hombre superior daría ó se detendría, el jacobino que pone su débil razón al servicio de sus impulsos, avanza con certidumbre.

Si pues el jacobino es un gran razonador, esto

no significa que esté guiado por la razón. Cuando se imagina ser conducido por ella, su misticismo y sus pasiones le conducen. Como todos los convencidos, confinados en la esfera de la creencia, no puede salir de ella.

Verdadero teólogo combatiente, guarda un extraordinario parecido á aquellos discípulos de Calvino descritos en un capítulo precedente. Hipnotizados por su fe, nada les podía hacer doblegarse. Todos los impugnadores de esa creencia eran juzgados dignos de muerte. También ellos semejaban ser poderosos razonadores. Ignorando, como los jacobinos, las fuerzas secretas que les impulsaban, creían no tener más que la razón por guía, cuando, en realidad, el misticismo y la pasión eran sus únicos dueños.

El jacobino verdaderamente racionalista sería incomprendible, y no serviría más que para desesperar de la razón. El jacobino apasionado y místico es, por el contrario, en extremo inteligible.

Con estos tres elementos, razón muy débil pasiones muy fuertes y misticismo intenso, tenemos los verdaderos componentes psicológicos del alma del jacobino.